

Colombianos relacionados con Alfonso Reyes

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO

Preludio

Nunca visitó Colombia. Mas las fronteras de los países no son más que ficciones de tipo mitológico-literario-lingüísticos, figuras de prosopopeya o antropomorfismo que se supone viven y obran como otras tantas personas determinadas (cf. Reyes, 1997b: 94). Lo que importan son los hombres, los individuos. Así que tomaremos a los escritores colombianos que gozaron de la amistad literaria de Alfonso Reyes, trazando a la par rasgos de la cultura colombiana.

EL MENSAJERO COLOMBIANO EN MONTERREY

Fue Porfirio Barba Jacob el primer colombiano con quien Alfonso Reyes entabló una amistad literaria. Ambos se conocieron a través del director de *El Espectador* de Monterrey, Ramón Treviño, diario donde el poeta colombiano había comenzado a trabajar como redactor en 1908. En carta de 27 de noviembre del mismo año, fechada en Monterrey, Barba Jacob invita al joven Reyes, que entonces cursaba leyes en la capital mexicana, a participar en la fundación de la *Revista Contemporánea* que será, según sus propias palabras, “una vasta obra de cultura mental”. La interesante relación epistolar entre el “mensajero colombiano” y el “mexicano universal” consta de aproximadamente ocho cartas enviadas por aquél a éste entre 1908 y 1910¹. Por esos años el poeta colombiano firmaba como Ricardo Arenales, aunque en realidad se llamaba Miguel Ángel Osorio. Más tarde decidió bautizarse Porfirio Barba Jacob en homenaje al célebre dictador mexicano y también en alusión a Barba Jacobo, uno de los heterodoxos españoles que documenta Menéndez y Pelayo. Pocos tan heterodoxos como él. Se parecía a Colombia, que también había cambiado varias veces de nombre en su historia republicana y que suele producir algunos de los escritores más contestatarios de la lengua española: el Indio Uribe, Vargas Vila, el mismo Barba Jacob, Fernando González, Gutiérrez Girardot, los nadaístas, Fernando Vallejo. Todos con un amor-odio hacia Colombia, anárquicos o rebeldes al excesivo formalismo.

Barba Jacob o Ricardo Arenales venía de Cuba cuando llegó a México hacia 1908. Con él venía la “Lira antioqueña”, músicos bohemios que regaron el bambuco, los pasillos, la cumbia y el vallenato por Centroamérica y el Caribe. Había descendido de su “antioqueña cumbre” y, con veintitrés años, se había embarcado para Costa Rica sin ningún objetivo ni ningún porqué. Contaban quienes lo despidieron en el puerto de Barranquilla que, mientras el barco se perdía en el horizonte, aún se escuchaba su voz tísica maldiciendo contra su país, un país desgarrado después de la guerra civil de los Mil Días (1899-1902) y de

la pérdida de Panamá (1903), disperso en provincias ya de por sí variadas y paradójicamente organizado bajo el sistema centralista. Se le apodaba el “Tibet suramericano”; era el Macondo de *Cien años de soledad*. El exilio de Barba Jacob consistió más bien en una suerte de trashumancia: vagar “sensual y triste por islas de su América”. Nunca estuvo en Europa —no se concibe en ella, dice Fernando Vallejo. El estruendo de la capital mexicana lo asustó y se encaminó a Monterrey, llevando en su equipaje mental el modernismo respirado en la Bogotá nocturna del reciente suicidio de José Asunción Silva. Muchos años después, en prosa modernista, recordaría su primera impresión de aquella ciudad norteña: “montañas únicas, todo el imperio de la fantasía de la tierra, todo el caudal de matices, de la luz refractada y envolvente, todo el símbolo, toda la fuerza... ¡Espectros de una amistad elevada, sencilla, noble...! A su estímulo vital comencé a trabajar...” (Barba Jacob, 1942: 10). En efecto, con el apoyo de don Virgilio Garza y bajo la dirección de Barba Jacob, la publicación de la *Revista Contemporánea*, señala Fernando Vallejo (1997), abrió un hito en los anales literarios mexicanos: impulsó el modernismo en tierras regiomontanas.

El nombre fue tomado de otra revista que publicaba en 1907 Baldomero Sanín Cano en Bogotá. En la apartada Monterrey, en el límite extremo del mundo hispano, Ricardo Arenales levantaba una tribuna de cultura abierta al mundo y a los temas de su tiempo. A su alrededor se agruparon todos los escritores, poetas y artistas de la ciudad, jóvenes en su mayoría: Joel Rocha, Fortunato Lozano, Alfonso Reyes, Enrique Fernández Ledesma, Héctor González, Francisco Ramírez Villareal, Federico Gómez, Juan B. Delgado, los hermanos Henríquez Ureña, David Alberto Cossío, Carlos Barrera, Eduardo Martínez (...). Muchos años habría de perdurar en la ciudad el recuerdo de ese joven extranjero de aspecto quijotesco, brusco en sus expansiones amistosas, emprendedor y decidido, y que hablaba de su obra poética con una seguridad rayana en la petulancia (69).

En carta de 10 de marzo de 1909, Barba Jacob le pide a Alfonso Reyes que invite a escribir en la *Contemporánea* a sus amigos del Ateneo: Antonio Caso, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Rafael López, Gravioto. “Vea si puede animarlos a que colaboren con estos provincianos” (1992: 22). Tal vez ahora no se le reconozca la me-

¹ En adelante nos referiremos a dos fuentes fundamentales para precisar las relaciones entre Barba Jacob y Reyes: 1) las *Cartas de Barba Jacob*, recopiladas y anotadas por Fernando Vallejo en la *Revista Literaria Gradita*, en Bogotá, 1992 (antes las había reproducido fragmentariamente Leonardo Shafick Kaím); y 2) La biografía *Barba Jacob el mensajero*, también de Fernando Vallejo (1997).

recida importancia a la *Revista Contemporánea*, puesto que la mayoría de los estudios continentales sobre las revistas literarias se reducen al ámbito de las capitales, olvidando a las ciudades de provincia, pletóricas de sorpresas. Es el caso de Monterrey en México y de Medellín en Colombia, ciudades que dieron origen a otro tipo de intelectualidad: menos pendiente de la metrópoli, por lo tanto menos cosmopolita y refinada, pero más universal por lo auténtica y afirmativa².

La permanencia de Barba Jacob en Monterrey fue una de las más azarosas de su vida. ¡Y ello es mucho decir! En 1910 lo encarcelaron seis meses por publicar en *El Espectador* artículos incendiarios contra el recién nombrado gobernador de Nuevo León, el general José María Mier, opositor del general Bernardo Reyes, quien había renunciado a su cargo por presiones del gobierno central³. Días atrás, el veintiuno de agosto de 1909, se salvó de morir ahogado cuando el río Santa Catarina arrasó con los barrios obreros matando casi quince mil almas. Barba Jacob escribió varias crónicas al respecto, y leía y urdía poemas o ideas de poemas, en medio de la tragedia y sus escándalos de marihuano y homosexual. Lo que más admiró Barba Jacob en Reyes fue justamente lo que a él más le faltó: disciplina. En varias ocasiones le comenta a su amigo proyectos literarios que nunca llevó a cabo: una oda a Monterrey en versos heroicos, una novela sobre quién sabe qué tema, un ensayo sobre Jesús, otro sobre Bolívar y un drama que pensaba titular “Los tres caminos”. Mientras tanto, Reyes presentaba su tesis *Teoría de la sanción*, al tiempo que se sumergía en el teatro ateniense, interpretaba la poesía de Mallarmé, meditaba en el estilo de la prosa, espejo del pensamiento, reprochando de paso el numeroso rodeo de los oradores hispánicos. Serían los temas que encerraría en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, publicado en París a comienzos de 1911 y cuya primera edición se vendió casi toda en Colombia⁴. Cuando en 1912 Barba

Jacob recibió *Cuestiones estéticas*, carente de toda envidia, señaló asombrado: “no es propiamente un precoz, pero el saber que ha atesorado a sus veintitrés años corresponde al que atesoran por lo general los hombres de letras de nuestras Américas al llegar a la mitad de la vida” (1996: 8). ¡Qué cierto! El joven Reyes asimiló lo que leía a lo que vivía; no vivió en los artificios del intelectualismo sino que afirmó e integró el pensamiento a su vivencia personal. Gozó de grandes dosis de realidad, que recomienda Baruch Spinoza. Y dosis de realidad había de sobra en Barba Jacob, sólo que a él lo dominó una psicología avasalladora y cambiante, un espíritu disperso o, por decirlo con su poesía, la “desazón suprema” de querer estar donde no estaba, ser lo que no era. En vida tan desordenada nunca pudo editar un libro completo con sus poesías, ni una reunión de sus ensayos. Se lo devoró el periodismo⁵.

La disciplina intelectual de Alfonso Reyes, sin embargo, no podemos entenderla opuesta a la “indisciplina” de Barba Jacob; fueron temperamentos distintos. En ambos la obra corrió paralela a la vida conforme a sus propios ritmos internos. “No seas literato —se había dicho Reyes a sí mismo—: que el centro de tu vida sea la vida misma” (1997a: 152). Tal vez aquí hay algo de las ideas de Bergson sobre la intuición creadora en contra del positivismo o racionalismo. Mas, si se ve bien, tales reflexiones surgieron del contacto fraterno con Barba Jacob, cuya poesía es levadura de sensualidad, forma parte de la vida y es como una compensación. Lo recordaría más adelante Reyes en la carta ulterior que se cruzaron más de quince años después, en marzo 3 de 1931: “mi mujer es mi mejor amigo (...) no hay otro como yo para huir de la gente que se toma en serio, o para escapar de la compañía de los intelectuales, si hay al lado cualquier otra cosa de la vida que solicite mi apetito” (en Barba Jacob, 1992: 136). Sí, Reyes había aprendido esa enseñanza en contacto con el patetismo vital que Barba Jacob le transmitió en las cartas de juventud, en una de las cuales (la del primero de abril de 1909) se atrevió a confesarle lo mal que

² Las relaciones entre Antioquia y Nuevo León, respectivas patrias chicas de Barba Jacob y Reyes, no se acaban allí. Ambas fueron regiones de poca población indígena, de poca influencia colonial, que sólo vinieron a despertar entrada la era republicana para convertirse en líderes industriales y económicos frente a las capitales tradicionales de sus países. Son tal vez los grupos humanos más dinámicos de Hispanoamérica.

³ Liberado a los seis meses por los motines de la Revolución, el poeta colombiano coincidió entre el grupo que, en 1911, acompañaba al general Reyes, padre de su amigo Alfonso, después de su exilio en París. Según Fernando Vallejo, Barba Jacob viajó a San Antonio, Texas, donde ayudó a la redacción del Plan de Soledad, Tamaulipas, que proclamó al general como candidato presidencial (cf. Vallejo, 1997: 87-88).

⁴ Cf. Reyes, 1990. Reyes, aparte de confesar este dato, explica que esa fue una de las razones para que Colombia le otorgara la Gran Cruz de Boyacá en 1945.

⁵ Aunque últimamente se han recogido y editado en libros varias crónicas periodísticas de Barba Jacob, en las que sobresale su prosa de sintaxis diáfana y de tono contestatario, lo cierto es que él mismo concibió el periodismo como un arte menor. “Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días de distinto modo, profesarle horror a la verdad, y urdir todos los días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aún quedan algunos” (1942: 16).

se sentía al saberse feo. No en vano Rafael Arévalo Martínez lo apodararía más tarde *El hombre que parecía un caballo*. A vuelta de correo, impresionado por sus confesiones, Alfonso Reyes escribió en su honor el poema “Salutación al romero” (1909), que Barba Jacob ya recibió en la cárcel, preso por sus artículos panfletarios en *El Espectador*. La hondura humana de su respuesta, escrita desde la penitenciaría de Nuevo León, muestra las dificultades que pasaron los dos amigos por tratar de armonizar con sus vidas la vocación literaria, tan incompatible con el medio social.

De manera, pues, que los presos son exactamente iguales a mí y a todos los hombres. Quizá tal aserto es un poco depresivo para nuestro orgullo. Una potencia en acción, una virtud heroica bien desenvuelta en la vida, es lo único que pueda sustentar nuestra creencia de que somos mejores. ¿Dónde está la obra realizada? Yo no puedo mostrarla. Si mañana viene alguien aquí por robo, por asesinato, por delito contranatura, por beodez o por adulterio, ¿con qué certidumbre podría redimirme? Nuestra creación artística es un sueño de vanidad. Y muy bien pueda ser que no tengamos fuerzas para el arte. Queda, sin embargo, un recurso supremo: hacernos cada día más comprensivos por el estudio. Ser comprensivo es ser creador, de una manera muy digna (Barba Jacob, 1992: 36).

esos instantes sino para templar su alma en una dolorosa “comprensión”. Se entregó a la “venganza creadora”, esto es, a urdir más de veintiséis volúmenes que honrarían la inteligencia mexicana de todos los tiempos. La literatura, como antibiótico más que como anestesia, obró en su personalidad. Alfonso Reyes duró once años sin pisar suelo mexicano, mientras Barba Jacob recorría embriagado el Caribe y Centroamérica. En vidas tan dispares la amistad se mantuvo. Se volvieron a cartear cuando el mexicano publicó “Las jitanjáforas”, su ensayo sobre aquellas poesías sin aparente contenido o donde lo semántico, por lo expresivo, se difumina o pasa a secundísimo plano (cf. Reyes, 1993). En tal ensayo Reyes tuvo el cuidado de señalar cómo Barba Jacob ya las concebía de niño y era su principal inventor, aprovechando para mencionar las múltiples nacionalidades del poeta, su múltiple psicología y su nombre cambiante, que ya en ello sólo revelaba una conciencia de la casualidad lingüística. Recordaba que Toño Salazar, amigo en común de ambos, solía deleitarlo en París recitando aquellas poesías extrañas de Barba Jacob. Éste leyó el ensayo en el número uno del correo literario *Monterrey*, en julio de 1930, que Reyes despachaba desde Río de Janeiro, y no tardó en escribirle agradecido, curiosamente, un 9 de febrero de 1931 acaso en alusión al 9 de febrero de 1913, fecha del asesinato del general Bernardo Reyes. A lo que el

“NUNCA PODRÉ OLVIDAR LA SACUDIDA ELÉCTRICA QUE RECIBÍ AL ACERCARME A USTED EL PRIMER DÍA, NI PODRÁ BORRARSE EN MÍ LA SEÑAL DE NUESTRA AMISTAD”

Estas últimas palabras —“ser comprensivos es ser creador, de una manera muy digna”— habrían de tener un sentido profético sobre Alfonso Reyes pocos años después con el asesinato de su padre. Preguntémoslos para qué le sirvió al joven Reyes la literatura en

embajador de México en Brasil le recuerda lo siguiente: “nunca podré olvidar la sacudida eléctrica que recibí al acercarme a usted el primer día, ni podrá borrarse en mí la señal de nuestra amistad” (136). Se encontraron personalmente cuando Reyes volvió a

México después de su periplo diplomático por Suramérica. El poeta “perdido y marihuano”, ya también ciudadano hispanoamericano, vagaba de hospital en hospital, a veces enfermo u otras veces porque no tenía donde quedarse. Eran sus últimos días en los que, con su voz aun más tísica, recitaba entre los amigos que lo visitaban, Heliodoro Valle, Vasconcelos, Pellicer, González Martínez, Reyes...

... escuchadme esta cosa tremenda: ¡HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios,
con músculos,
y voy al olvido (1991: 87).

Hacia 1942, refiere Fernando Vallejo (1997), Barba Jacob le pidió a Reyes que lo despidiera en el cementerio. “En el Panteón Español ante la veintena de personas que acompañan el féretro, don Alfonso empieza a hablar, se le anudan las palabras y se calla” (95). Lo mismo le sucede al poeta Enrique González Martínez. Silencio.

EN LA EXPERIENCIA LATINOAMERICANA

La deficiente circulación entre los países latinoamericanos era patológica: Alfonso Reyes llegó a representar la primera embajada mexicana en Buenos Aires de 1927 a 1930, cuando si acaso existía un encargado de negocios. Porque generalmente los latinoamericanos se conocían o estrechaban contacto a través de Europa. Incluso para que los libros obtuvieran mayor difusión dentro del propio continente americano tenían que publicarse en París, Madrid o Londres. Sólo hasta la caída de la república española el polo de atracción comenzaría a girar en torno a Buenos Aires y México por las importantes editoriales que surgieron. Río de Janeiro se proyectó como el siguiente polo latinoamericano en el cual se situó Alfonso Reyes como embajador de México. En ese momento se estrechó su relación con Colombia. Había estallado el conflicto colombo-peruano (1932-1934) por cierta franja del trecho amazónico. Brasil, pendiente de sus límites, se ofreció como conciliador. También México, en propuesta de su embajador don Alfonso Reyes. Existe en *Misión Diplomática II* el informe intitulado “La conferencia colombo-peruana para el arreglo del incidente de Leticia. Río de Janeiro, 25 de octubre de 1933 a 24 de mayo de 1934” (2002: 146). El conflicto se originó porque el presidente peruano Luis Sánchez Cerro, por obviar

problemas internos, reclamó soberanía sobre Leticia, violando anteriores convenios limítrofes. A su turno, Colombia, con gran esfuerzo y frente a cierta apatía de la población civil, desplazó tropas para la defensa. Los combates fueron mínimos. El conflicto pasó a planos jurídicos. Entre la delegación colombiana que viajó a Río se encontraba el poeta-senador Guillermo Valencia (1873-1943). Grato debió ser el encuentro para Reyes, que desde los tiempos de Barba Jacob admiraba *Ritos* (1899), esos poemas de adjetivación casi perfecta, con imágenes marmóreas donde la emoción se vuelve lógica. Aunque en *Mallarmé entre nosotros* (1938) reprochó que las traducciones hechas por Valencia del poeta francés se parecieran más a los nocturnos de Silva, en el ensayo ulterior de *La experiencia literaria* (1941), “Perennidad de la poesía”, defendió al autor de *Ritos* contra los ataques de “parnasiano” y “frío” que le propinara Eduardo Carranza para afianzar la nueva generación de Piedra y Cielo⁶. Valencia, reclama Reyes, reaccionó contra los excesos del romanticismo pero sin perder la emoción, pues la pureza y la objetividad poética son también fuentes de excitación. Pero acaso esos reproches poéticos provenían más bien de reproches políticos (Valencia era conservador por familia, mas librepensador por espíritu) Por lo demás, el conflicto de Leticia cesó gracias a que el nuevo presidente peruano, Óscar Benavides, dio estabilidad interior a su país, pero no sin dejar de extender su territorio hasta las orillas del río Putumayo. A despecho de estas disputas fratricidas, el Amazonas, pulmón del planeta, sigue padeciendo la rapiña internacional por falta de circulación cultural y política. Penetrar en sus selvas aún equivale a descender al inframundo. Piénsese en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928), que Reyes tanto admiró —la puso sobre la mesa de *El deslinde* con las principales obras literarias. Rivera dio luz a estas regiones marginadas de Latinoamérica, marginadas por organizaciones macrocefálicas. No despachó el problema catalogándolas como regiones en donde hay *naturaleza sin historia*. Insistió, más bien, en que la historia oficial de Occidente niega a la naturaleza del trópico y a sus habitantes y que, por lo

⁶ Entre gustos no hay disgustos. También Eduardo Carranza, aunque simpatizante del franquismo, dejó varios ensayos apologeticos sobre Alfonso Reyes publicados poco después de la muerte de éste: cf. “Genio y figura de don Alfonso Reyes” (1968), “La poesía natural y refinada de don Alfonso Reyes” (1967), “Los tres mundos de Alfonso Reyes” (1967).

tanto, se requiere una armonía pronta a fin de evitar tantos desastres.

En agradecimiento al servicio conciliador de Alfonso Reyes, y en muestra de la recepción por su obra, el presidente liberal Alfonso López Pumarejo lo condecoró con la Cruz de Boyacá en 1945⁷. La noticia de la condecoración se la comunicó por carta uno de sus admiradores más entusiastas y con quien coincidía en muchos puntos sobre la historia de América: Germán Arciniegas (1900-1999). La correspondencia entre ambos ensayistas se recogió recientemente por Serge I. Zaïtzeff con el título *Algo de la experiencia americana* (1998). Mucho antes, James Willis Robb había comparado la visión de ambos en *Imágenes de América en Alfonso Reyes y Germán Arciniegas* (1964), señalando cómo:

los grandes ensayos de Reyes de evocación del descubrimiento de América y de preocupación por su destino futuro —*Visión de Anáhuac* (1917) y los de *Última Tule* (1942)— encuentran una resonancia de hermandad espiritual y estética en ciertos libros de Arciniegas de temas afines como *El estudiante de la mesa redonda* (1932), *Biografía del Caribe* (1945) y *América y el Nuevo Mundo* (1955) (Willis Robb, 1964: 255).

En sus textos históricos ambos ensayistas se acercan a la narrativa y a la poesía sin hacer novelas ni poemas, sino tomando el uso constante de giros literarios. Por cada concepto ponen dos imágenes. Por cada idea dos metáforas. Hasta la geografía en ellos se hace literaria⁸. Si el investigador estadounidense compara los ensayos históricos de ambos desde el punto de vista estético, Eugenia Houvenaguel (2003), en *Alfonso Reyes y la historia de América*, los compara a través de la argumentación según la retórica clásica. Observa cierta posición demasiado diplomática en Reyes y en Arciniegas —diplomacia que es más bien escepticismo— por cuanto no se comprometen demasiado ni protestan lo suficiente con los problemas políticos, económicos y sociales del continente, dando esperan-

zas mejor que denuncias. Denunciaron en privado. En carta de diciembre 23 de 1950, Arciniegas le escribe a Reyes desde Nueva York para proponerle liderar una reunión en México por la libertad de la cultura.

El caso es, mi querido don Alfonso, que yo miro con terror cómo se nos va inclinando nuestro mundo americano hacia el falangismo de un lado, hacia el comunismo del otro, sin que al menos los escritores hagamos una declaración muy clara de nuestra vieja devoción por la libertad, por la justicia que comience reconociendo la dignidad del hombre y su condición de ser libre. Me parece que nuestra obra se ha movido hasta hoy dentro de esa condición previa, y sufrirá una merma, una castración cuando quedemos reducidos a vivir una vida dirigida por las dictaduras que ya apuntan en medio continente (en Zaïtzeff, 1998: 67).

No obstante, Reyes fue escéptico de poder llevarse a cabo ese congreso, no en vista del puro ideal, sino en vista de la probabilidad práctica. Sabía que las buenas intenciones a menudo conducen al infierno, y más en estos países ebrios de escándalos y excentricidades, proporcionales al leguleyismo y la burocracia. Ante las insistencias de Arciniegas, en carta del 25 de enero de 1951 Reyes accedió a medias dejándole en claro que su escepticismo era el mismo.

Me dirá usted que tenemos que manifestarnos, y yo le contesto que para eso somos escritores, cada uno con su cañoncito y trabajando por su cuenta, como dice la historia. Pero no quiero defraudar ese entusiasmo juvenil que usted conserva y yo le envidio (75).

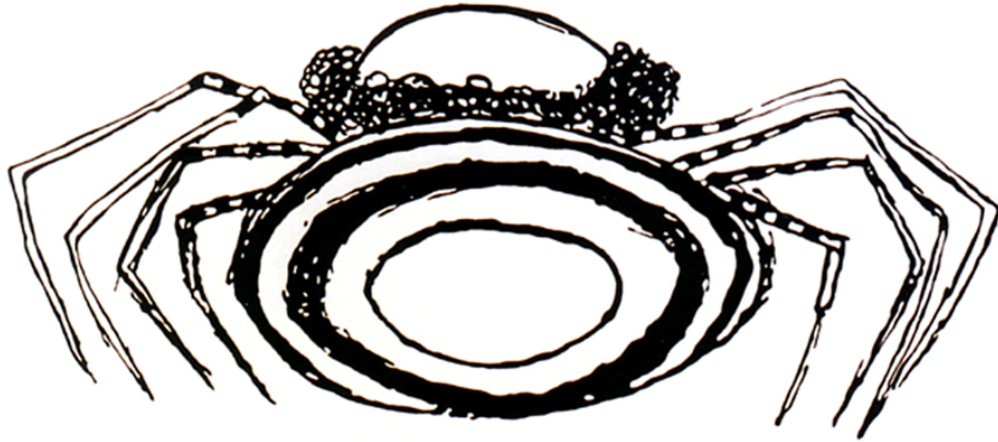
Arciniegas, que toda la vida se consideró un estudiante, se desanimó una vez más porque el tal congreso no obtuvo el apoyo suficiente del gobierno mexicano.

Latinoamérica es el continente de los proyectos a medias. De hecho, con el título de un pequeño artículo, “Nuestra América es un ensayo”, en *Cuadernos* (París, 1963), Arciniegas juega con el concepto de “ensayo” en cuanto género y en cuanto esfuerzo o experiencia. Deduce además que el género del ensayo no nació propiamente con Montaigne sino con los cronistas de Indias y aun con el *Diario de Colón*, cosas que Montaigne leería más tarde.⁹

⁷ Esto consta en el diario inédito de Alfonso Reyes: “México. Viernes, 20 julio 1945. Recibí de manos del Embajador de Colombia Jorge Zalamea, hoy, aniversario de Colombia, la gran cruz de la orden de Boyacá, en el centro militar donde daban la de gran oficial a los generales Francisco Urquiza, Leobardo Ruiz, Gustavo Salinas, a cuyo nombre agradezco” (noticia suministrada por Alicia Reyes, en la Capilla Alfonsina).

⁸ Arciniegas publicó textos del mexicano en *Revista de las Indias*, publicación que fundó y dirigió mientras fue Ministro de Educación.

⁹ Para una documentación adecuada del ensayo hispanoamericano recomiendo consultar tres textos claves: 1) *Teoría del ensayo* (Cuadernos



Por cierto que esta autoconfesión había que dejarla muy clara frente al fascismo occidental tanto continental (Italia, Alemania), como insular (Inglaterra, Estados Unidos), que aún extiende un velo de indiferencia o inferioridad sobre Latinoamérica. Ninguna inferioridad; empezando porque Europa no es ajena sino que forma parte integrante de Latinoamérica. El mundo moderno comenzó con el Descubrimiento y la Conquista. Arciniegas lo demostró superando complejos de inferioridad en *América en Europa* (1975) y en *El continente de los siete colores* (1999), notas de sus cursos en universidades norteamericanas y europeas. A su turno, mientras representaba por segunda ocasión la embajada mexicana en Buenos Aires (1936-1939), Alfonso Reyes participó en la primera reunión internacional del Instituto para la Cooperación Intelectual, donde tuvo ocasión de leer sus “Notas sobre la inteligencia americana” (Buenos Aires, 1936). Sugiere también allí que el ensayo es el género más propio de nuestra inteligencia, pues huye de la especialización excesiva del espíritu y, diáfano, desafía y se abre a todo tipo de in-

fluencias. Frente a una gran cantera de documentos de todas las culturas, la inteligencia latinoamericana busca variantes, recorta caminos hasta ejecutar la *estética del salto*, esto es, ser cultos sin encerrarnos en la rigurosa especialización o en la estrecha técnica. Lo cual, en un mundo borracho de información, no significa superficialidad sino capacidad de síntesis. Varios intelectuales europeos, sin embargo, no entendieron o renegaron de ello. No los latinoamericanos, presididos por Francisco Romero y Baldomero Sanín Cano (1861-1957), éste último el ensayista colombiano por antonomasia. Su conferencia fue acaso la más diciente. Sentó cómo en Argentina, contrario al odio europeo entre nacionalismos y fascismos, gentes que habían llegado de diferentes partes de Europa vivían pacíficamente. La vocación de Latinoamérica, dijo, apunta hacia la universalidad¹⁰.

Acababa de caer la república española, y el éxodo de la inteligencia peninsular buscaba su segundo hogar: Hispanoamérica. Alfonso Reyes, desafiando el fascismo internacional, inició labores diplomáticas para albergarlos, si no en Argentina, en México o en cual-

Americanos, 1992) de José Luis Martínez, 2) *El ensayo, entre el paraíso y el infierno* (Fondo de Cultura Económica, 2001) de Liliana Weinberg, y 3) *El ensayo: entre la aventura y el orden* (Taurus, Bogotá, 2002) de Jaime Alberto Vélez.

¹⁰ Cf. *El humanismo y el progreso del hombre*, 1955.

quier otra nación hispanoamericana simpatizante con la república¹¹. Fue difícil. Por ejemplo en Colombia, cuya posición geográfica se ofrecía como centro de operaciones para el mercado editorial del continente, el ministro de relaciones exteriores del gobierno de Eduardo Santos, Luis López de Mesa, y el político conservador Laureano Gómez, les negaron asilo a los “rojos” por temor a la expansión del comunismo. (Ese temor, en todo caso, degeneró en la guerrilla más duradera y próspera del mundo.) Sí los albergó, en cambio, el presidente mexicano Lázaro Cárdenas. Gracias a esa respiración internacional se creó el Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, instituciones que impulsan los estudios históricos, filosóficos y literarios. Algo parecido en Colombia, por seguir con las comparaciones, lo suplió la fundación del Instituto Caro y Cuervo en 1944 por el presidente liberal Alfonso López Pumarejo. Pero Miguel Antonio Caro (1843–1909) y Rufino José Cuervo (1844–1911) eran de espíritu conservador, por lo tanto, el Instituto se ha centrado en los estudios descriptivos, lingüísticos¹². La oligarquía colombiana ha sido muy cuidadosa del idioma, en cuanto vigila la política y la jurídica¹³. Recordemos que todas las guerras son semánticas, como dijo Montaigne. Proporcional al espíritu formalista colombiano se ha dado el espíritu contestatario, rebelde. Conviene aclarar que esa rebeldía no implica falta de estudio o investigación; tienen que ver con falta de serenidad. De ahí Barba Jacob. Y por acá nos encontramos con Rafael Gutiérrez Girardot (1928–2004), el segundo colombiano en merecer, después de Arciniegas, el Premio Alfonso Reyes (2000).

¹¹ Para profundizar en la función diplomática por la cultura que Reyes cumplió durante su embajada en Argentina, recomiendo consultar *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires*, de Alberto Enríquez Perea.

¹² De haberlo conocido, Rufino José Cuervo hubiera sido las delicias de Alfonso Reyes. El lingüista colombiano fue amigo personal de Mallarmé en París —mientras rastrea el uso correcto de cada giro y cada palabra para su *Diccionario de construcción y régimen*— e incluso, cuando José Asunción Silva se hospedó en su casa por los días del entierro de Víctor Hugo (1885), llevó al joven modernista a las tertulias en que el poeta francés hablaba de los oficios de una nueva liturgia poética destinada a transformar los cánones estéticos de la poesía en varios idiomas. Existe, además, una edición de *A rebours*, la novela de Huysmans, en cuya portada hay una dedicación de Mallarmé a Silva (cf. *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra*. Ricardo Cano Gaviria. Monte Ávila Editores, Caracas, 1992. Y la biografía de Fernando Vallejo: *Chapolas negras*. Punto de lectura, Barcelona, 2002).

¹³ Cf. *Del poder y la gramática* de Malcolm Deas (Bogotá, 1993).

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT: EL COMPADRE GERMANIZADO

Fueron compadres. Gutiérrez Girardot se casó en México, y Reyes apadrinó su boda. El joven ensayista colombiano acababa de publicar en Madrid *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955). Y ya antes habían publicado juntos en la revista *Mito* (1955–1962), fundada y dirigida por Jorge Gaitán Durán (1924–1962)¹⁴. Gutiérrez Girardot venía de Bogotá, donde había cursado filosofía en la Universidad Nacional y Jurisprudencia en la Universidad del Rosario. En la primera universidad fue compañero del cura guerrillero Camilo Torres; en la segunda, lo echaron por polemista. Partió para Alemania resentido por esa dispersión intelectual. Aunque impulsó la obra de Reyes y de Borges entre los alemanes, lo perjudicó el eurocentrismo de Heidegger, de quien fue alumno y amigo. Acaso de ahí su idolatría por todo lo alemán (véanse sus ensayos *Estudios alemanes, Nietzsche y la filología clásica, Entre la ilustración y el expresionismo*). Se diría que fue un hombre de extremos. Por dicha brilla en su obra cierto término medio, que es su perfil americanista. Incluso en su último libro de ensayos publicado en vida, *Heterodoxias* (Bogotá, Taurus, 2004) ataca, no tanto el eurocentrismo de los propios europeos como el de los latinoamericanos, pendientes de las modas estructuralistas, formalistas, teorías que ya no sirven a la práctica y que, según él, sepultan la fe que Rodó, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña depositaron en la cultura de las humanidades. Sólo que Gutiérrez Girardot, aunque simpatizó con el humanismo latinoamericano, siguió más bien la línea de la filosofía alemana (Hugo Friedrich, Benjamin, Trakl, Celan, Benn). La teoría literaria de Alfonso Reyes, *El deslinde*, la valora en cuanto la encuentra similar a *La obra de arte literaria*, de Roman Ingarden. Igualmente, en su estudio sobre el modernismo hispanoamericano cifra éste, no en la influencia francesa o inglesa, sino en la alemana, de la que menos recibió. Ataca la obra de Ortega y Gasset, en cuanto la juzga “simulación majestuosa” de la filosofía ale-

¹⁴ Reyes formó parte del Consejo Directivo de la revista *Mito*, al lado de Borges y León de Greiff. De *Mito* salieron García Márquez y Álvaro Mutis. Gaitán Durán, amigo personal de Sastre, se perfilaba como uno de los mejores poetas del continente, pero murió en un accidente aéreo. Y con él, se acabó *Mito*.

DE LO CONTRARIO HISPANOAMÉRICA SEGUIRÁ SIENDO LA TORRE DE BABEL, NO POR EL DESORDEN DE LENGUAS, SINO DE PENSAMIENTOS.

mana; también ve como simulación majestuosa la obra de Octavio Paz, a quien considera mera “caricatura de Alfonso Reyes” (cf. Gutiérrez Girardot, 1998). Lo consumió la polémica intelectual. Guarda razón en ciertos aspectos. Pero se observa en su obra cierto desequilibrio, ausencia de serenidad, característica de todo gran pensador. Le faltó al aplomo de Alfonso Reyes.

EPÍLOGO

Este ensayo ha querido ser, pues, un intento para la integración intelectual latinoamericana. A México, según lo vio Barba Jacob con su tono heroico, “corresponde la dirección ideal de este sagrado movimiento de las almas”.

México está al norte, en los confines del mundo de Bolívar; tiene raíces que se prolongan hasta más allá del advenimiento de Colón; posee una fisonomía confusa, pero propia y auténtica; se desborda con el paso huracanado de sus guerrilleros, que no es sino indicio de fuerza sin cauce; ha sepultado dos imperios, y, lo que es más importante, acepta la suprema delegación que le hacen con tácita voz los pueblos fraternos. Que México responda, pues, a esta confianza fraterna y vital, con la efusión de su espíritu en las más elevadas manifestaciones. Enlázese a América y que América se enlace más y más a él, por medio del trabajo iluminado, de la acción idealista (1942: 30).

De lo contrario Hispanoamérica seguirá siendo la Torre de Babel, no por el desorden de lenguas, sino de pensamientos. Todos querrán hacerse modernos, y serán al mismo tiempo hispanistas, antihispanistas, francófilos, germanófilos, norteamericanizados. Preguntémonos con un signo de exclamación, de esperanza: ¿Cuándo llegará al-

guien que anhele ser verdaderamente hispanoamericano? Aceptaría la síntesis. Acabaría, suave e implacable, con las poses; pensaría dos veces en perpetrar buenas intenciones. Los hispanoamericanos se leerían y se conocerían. Porque la inteligencia reside en la integración, en la sensatez.

Bibliografía

- Barba Jacob, Porfirio (1942). *El corazón iluminado*. Bogotá: Biblioteca popular de cultura colombiana.
- Barba Jacob, Porfirio (1992). *Cartas de Barba Jacob*. Recopilación y notas de Fernando Vallejo. Bogotá: Revista Literaria *Gradita*.
- Barba Jacob, Porfirio (1993). *Poesía completa*. Barcelona: Planeta.
- Barrera Enderle, Víctor (2006). *De la amistad literaria*. Monterrey: Universidad autónoma de Nuevo León.
- Enríquez Perea, Alberto (1998). *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires (1936-1937)*. México: El Colegio de México / Secretaría de Relaciones exteriores.
- Houvenaguel, Eugenia (2003). *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1955). *Imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1998). *Provocaciones*. Bogotá: Ariel.
- Rangel Guerra, Alfonso (comp.) (1996). *Páginas sobre Alfonso Reyes* Vol. I y II. México: El Colegio de México.
- Reyes, Alfonso (1990). *Historia documental de mis libros*, en *Obras Completas XXIV. Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1997a). *Cuestiones estéticas*, en *Obras Completas I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1997b). *El deslinde. Apuntes para una teoría de la literatura*, en *Obras Completas XV*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (2002). *Misión diplomática II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alicia (2000). *Genio y figura de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vallejo, Fernando (1997). *Barba Jacob el mensajero. Biografía*. Bogotá: Planeta.
- Willis Robb, James (1964). *Imágenes de América en Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*, en Anuario de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León No. 5.
- Zañtzeff, Serge I. (comp.) (1998). *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*. México: El Colegio Nacional.